Los amó hasta el extremo

Lipa

Queridos padres,

lo que queremos ofreceros es una pequeña ayuda para saborear junto a vuestros hijos del regalo de la Pascua.
Usadlo libre y creativamente.
Nos permitimos solamente algún consejo.
Antes de nada, os toca a vosotros sumergiros en esta narración, leyéndola varias veces. Solo así podréis leerlo o contárselo a vuestros hijos con más participación.
Las páginas para colorear no son sólo un pasatiempo divertido. La imagen es muy importante en la educación de nuestros hijos. La imagen es un símbolo, es decir, un lugar concreto de encuentro con el Misterio.
Prestad atención a vuestros hijos, a las preguntas que os hagan o a lo que intuyan, porque ellos son muy sensibles al lenguaje simbólico de la fe.
¡Así será un enriquecimiento mutuo!

Querido amigo, ven aquí. Sentémonos un rato frente al fuego. Su luz nos calentará y nosotros podremos, si el Señor así lo quiere, hablar un poco. Me gustaría seguir contándote sobre el sueño de Dios.
¿Recuerdas?
¿Recuerdas ese sueño susurrado en el corazón del hombre?
Digámoslo juntos: el sueño de Dios era poder vivir con los hombres y hablar con ellos, como un amigo habla a un amigo.
Tú esto lo sabes bien. Veo que me comprendes, porque el sueño de Dios está también en tu corazón. ¿Sientes ese calor? ¿Ves cómo todo se vuelve hermoso frente a este fuego? ¡Así es el corazón de Dios! Y nosotros podemos sentirlo.
Decíamos, por tanto: Dios es amigo de los hombres. Pero, ¿por qué es tan difícil para los hombres ser amigos de Dios si esto es lo más hermoso? Algo debe haber pasado... Algo debe haber ido mal, como cuando abres un tarro de buena mermelada y descubres que tiene moho dentro: ¡algo ha salido mal!

Una serpiente nos ha engañado

Debes saber que todo comenzó en un jardín. Era un hermoso jardín, lleno de árboles y plantas de todo tipo, lleno de olores y de colores. Dios le había dado todo eso al hombre. Dios no podía pensar que al hombre le faltara algo y por eso le había dado todo, absolutamente todo. Solamente, Dios había dicho al hombre: "¿Ves ese árbol que está en nuestro jardín? Es el árbol del conocimiento del bien y del mal. Por favor, no comas de ese árbol, porque el verdadero bien y el verdadero mal puedes conocerlo solo junto a mí. ¡No cojas de ese árbol tú solo! Si lo haces, ya no estaremos unidos. ¡Somos amigos, confía en mí!".
Así hacía el hombre: se fiaba de Dios y comía de todos los árboles que Dios le había dado. Y, cada vez que probaba un fruto nuevo, exclamaba: "¡Qué grande es el amor de Dios! ¡Qué grande es ser su amigo!".

Pero en toda fiesta hay un aguafiestas, alguno que viene a estropearlo todo. El aguafiestas es alguien que piensa más o menos así: "Yo no soy feliz, mientras que los demás sí lo son. Por tanto yo seré feliz cuando logre arruinarles la fiesta". Es un pensamiento tonto y muy complicado, pero existe: se llama envidia. En nuestra historia, el aguafiestas no es uno cualquiera. Nosotros lo llamamos Diablo, o Satanás: es un espíritu maligno, que se ha empeñado en arruinar la fiesta de Dios con el hombre. ¡El diablo siempre apunta a esto! No creas que a él le importa si haces esto o aquello... Lo que le importa es que te olvides del amor de Dios y entonces, triste y solo, sigas tu propio camino.

"Pero: ¿cómo entrar en ese jardín y convencer al hombre de romper la amistad con Dios?" - pensó el Diablo - "¡Debemos confundir al hombre, hace falta engañarlo de algún modo!". Por eso el Diablo se hizo serpiente. La serpiente de hecho es un animal astuto, que repta por la hierba y, sin que te des cuenta, ya te ha mordido. La serpiente no va en línea recta, sino que actúa como olas, un poco aquí, un poco allá, por lo que te confunde. Y el Diablo se hizo serpiente precisamente para arrojar confusión en el corazón del hombre.

Dijo: “¿Es cierto que Dios os ha dicho: No debéis comer de ningún árbol del jardín?” No era cierto, eso el hombre lo sabía bien, pero esas palabras fueron suficientes para hacer nacer la sospecha. El hombre razonaba: “Dios nos ha dado todos los árboles del jardín, pero uno nos lo ha prohibido. ¿Por qué será? Es solo aquél...”. “¡Si justo ese! - dijo la serpiente, como si conociera los pensamientos del hombre - ¡solo aquél! Dios lo ha prohibido porque tiene miedo de tí. Dios sabe que si comieras, tus ojos se abrirían y serías como él. Y Dios, celoso y envidioso, no puede soportar que el hombre lo alcance”.

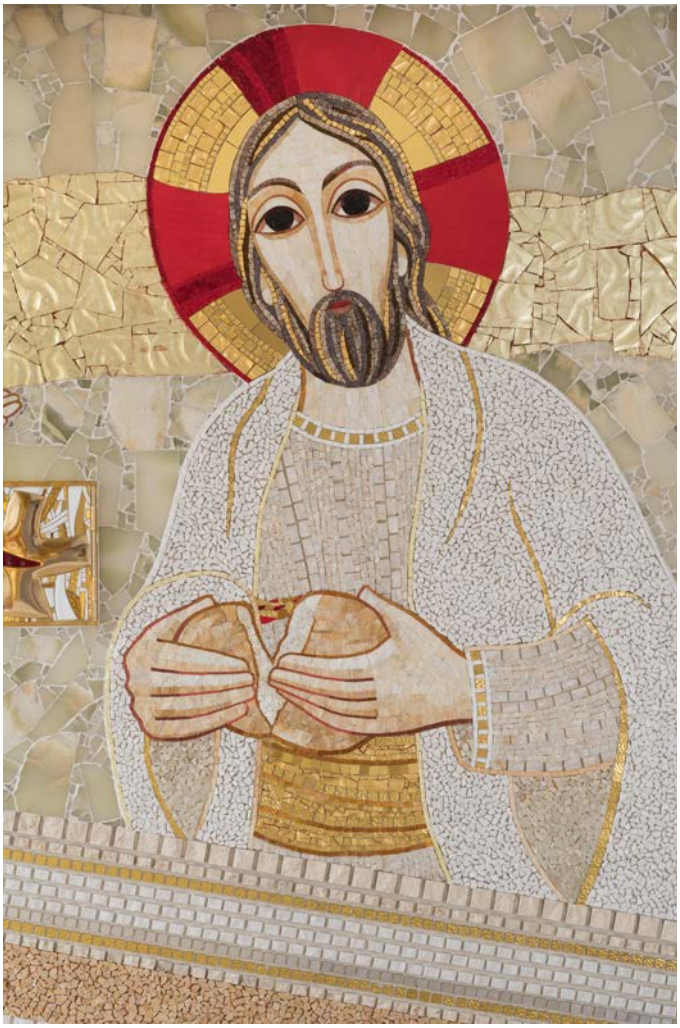
Como a veces les sucede a los niños que, cuando sus madres o sus padres les dicen: “esto no”, de inmediato comienzan a desear esa cosa, así le sucede al hombre. El árbol del conocimiento del bien y del mal se había vuelto repentinamente muy atractivo: el hombre ahora lo veía como bueno para comer, hermoso para sus ojos, deseable para adquirir sabiduría. Así la mano del hombre se volvió codiciosa, ávida, llena del deseo de tomar. Extendió la mano hacia el árbol, agarró la fruta y se la comió.

En ese instante se abrieron sus ojos y el hombre se dio cuenta de que estaba desnudo y solo. Ya no estaba esa luz que calentaba su corazón y envolvía su cuerpo: la luz de la amistad con Dios. Ahora estaba desnudo y solo. Tuvo miedo y pensó en esconderse. Se alejó de ese jardín y comenzó a vagar sin rumbo, como un fugitivo. Estaba constantemente huyendo de un lugar a otro. Y si le hubieran preguntado: “¿De quién huyes?”, no habría sabido responder... Porque el hombre ahora huía también de sí mismo.

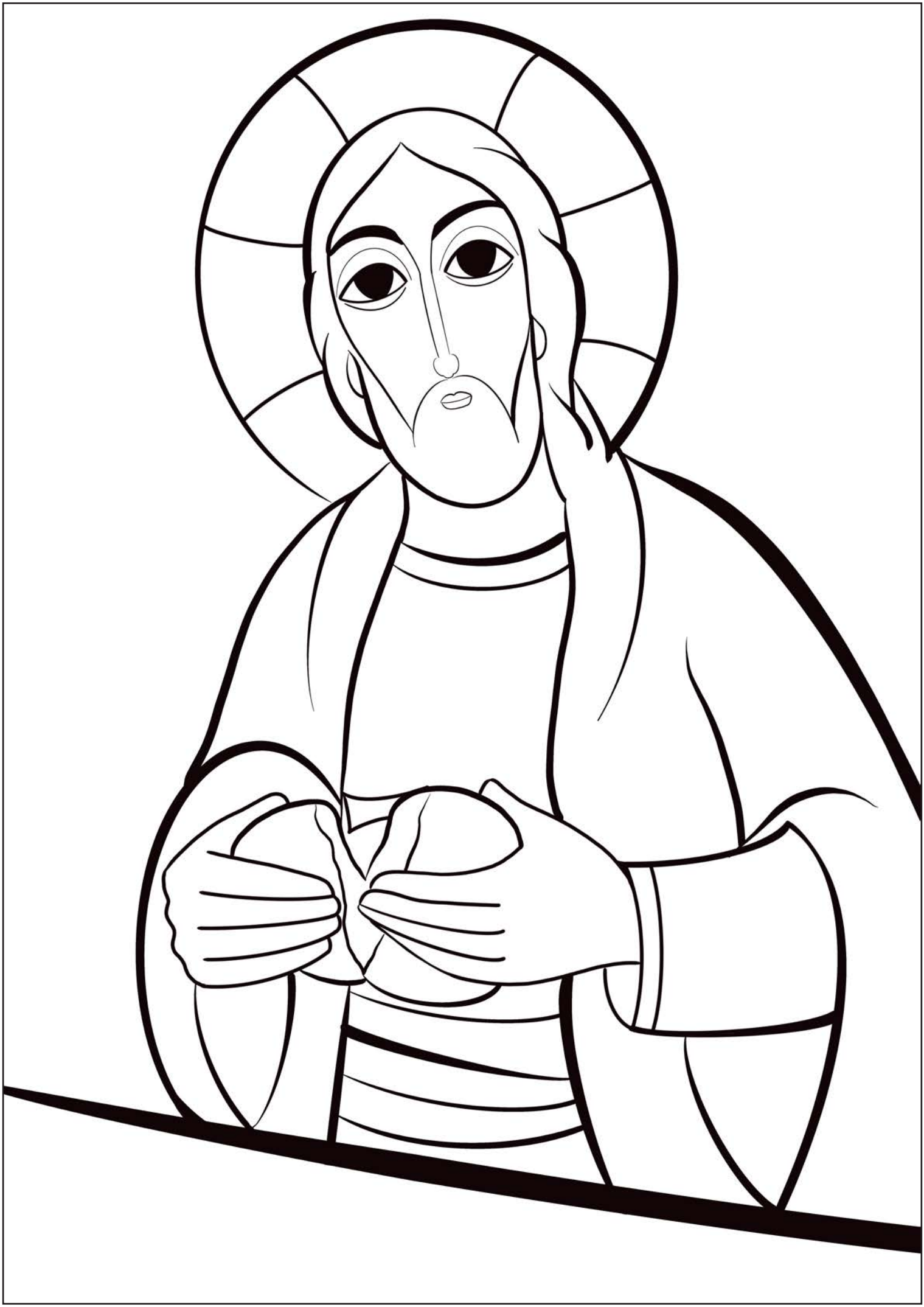
Con el pecado, el hombre se ha dejado engañar por la voz de la serpiente que, mintiendo, dice: “¡Mira, la mano de Dios está cerrada, se reserva los mejores frutos!”. La ropa del hombre, que estaba hecha de luz, ahora expresa los animales que el hombre tiene dentro de sí. Eva tiene un dragón en su vestido, símbolo de la envidia, Adán tiene saltamontes que quieren devorarlo todo.

La verdadera respuesta es el don

Amigo, no te pongas demasiado triste. Estamos solo al comienzo de la historia: ¡ahora viene la parte de Dios! Verás que te alegrará.
Ya hemos dicho algo sobre esa parte, ¿verdad?: cómo Dios, para llevar a cabo su sueño de estar con el hombre, decidió enviar al mundo a su Hijo amado y entregarlo a los hombres. ¡Dios sabe que su sueño solo puede realizarse a través del don!
Y así fue. Toda la vida de Jesús fue un ir entregándose. En cada palabra y en cada gesto, Jesús se daba a sí mismo. Cuando curaba a un leproso, cuando levantaba a un paralítico, cuando daba la luz a un ciego... Jesús no hacía otra cosa que entregarse a sí mismo. Y sucedía que las personas que estaban con él experimentaban que ya no estaban desnudas y solas, sino que comenzaban a sentirse revestidos de nuevo de la luz y el amor de Dios Padre. Y en el corazón del hombre se volvía a despertar la amistad con Dios. A estas alturas de la historia es importante que entiendas esto: ante el amor no se puede permanecer indiferente. Tienes que decidir: o lo aceptas y te dejas revestir del amor, o lo rechazas y te quedas solo.
El amor revela lo que hay en lo profundo del corazón. Por eso en la presencia de Jesús sucedían cosas extrañas: muchos de los que estaban lejos y habían pecado mucho volvían, atraídos por su persona; en cambio, no pocos de los que eran cercanos y realmente muy buenos se enfadaban, rompían con Jesús y aparecía en sus corazones la idea de matarlo.



El hombre tiene hambre de vida verdadera y Jesús viene al mundo como alimento.
Toda su vida es hacerse don.
Jesús quiere ofrecerse a sí mismo como pan partido para cada hombre.



A la mesa con los pecadores

Un buen día, Jesús estaba en la mesa y en torno a Él se habían reunido hombres y mujeres de todo tipo: había ladrones, bandoleros, estafadores... En fin, gente que a sabiendas quebrantaba la ley de Dios. Pero alrededor de aquella mesa pasaba en ellos algo nuevo. No se sentían condenados por sus pecados; al contrario, experimentaban ser amados. Y en el corazón empezaba a nacer el arrepentimiento, que es una mezcla de amargura y dulzura: amargura, porque uno se da cuenta del mal hecho, y dulzura, porque uno descubre que el amor de Dios es más grande y es capaz de reparar nuestro pecado.

En medio de aquel feliz encuentro, sin embargo, alguno murmuraba: "Éste se sienta a la mesa con los pecadores y a nosotros, que somos los justos, no nos da recompensa alguna". Aquellas voces extrañas le susurraban al oído, pero para Jesús hacían más ruido que el fragor amistoso de toda aquella gente. Él se dio cuenta y comprendió en seguida que la serpiente había regresado. Esa serpiente que se cuela poco a poco, que llega con pensamientos extraños, llena de engaños... ¿Recuerdas?

Jesús pensó que debía responder inmediatamente a la palabra de la serpiente, diciendo la Palabra de Dios, y contó esta parábola.

El padre misericordioso y sus dos hijos

Un hombre tenia dos hijos. El menor le dijo al padre: “¡Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde porque me quiero ir!”. Y el padre, como un trozo de pan que se parte y se da a comer, se repartió para sus hijos y les dio todos sus bienes.

No muchos días después, el hijo menor, habiendo recogido todas sus pertenencias, partió hacia un país lejano, lo más lejos posible de aquella casa que le parecia tan estrecha y angosta. Mientras cerraba la puerta de un portazo y daba sus primeros pasos por el camino, se sentía audaz en su interior; le parecía respirar por fin el aire de la libertad y tenía grandes sueños: “Por fin podré... haré... conseguiré... tendré...”. Pero en poco tiempo todo se desvaneció. Despilfarró todas sus posesiones y se encontró sin nada.

El padre deja libre a su hijo para que se vaya. La voz de la serpiente decía: “¡acumula y serás feliz!”.
El hijo escuchó esa voz y ahora está tan desbordado por las riquezas que ya casi no puede ver el rostro del padre.

Aquí quisiera detenerme un momento, para hacerte comprender que todo esto sucede cuando el hombre quiere hacer las cosas por sí mismo, sin Dios y sin amor. Esto es el pecado: no estar con Dios. Y el pecado siempre tiene consecuencias, tarde o temprano termina mal.

En ese país, de hecho, vino una gran hambruna y el hijo comenzó realmente a sentir necesidad. Buscó entonces algún trabajo y no halló otra cosa que ponerse al servicio de un hombre, que lo mandó a sus campos a apacentar puercos. Tal era su miseria que le hubiera gustado saciarse con las bellotas que daban a los cerdos. Pero nadie le daba nada, nadie se preocupaba por él.

Todas las riquezas acumuladas ahora se han acabado.
El hijo está solo. Si antes vivía en la casa del padre, ahora su hogar es una cueva oscura.
Sólo los cerdos están a su lado.
El hijo está triste, mira a lo lejos, quizás justo hacia la casa de su padre.

Le vino un pensamiento. No es que fuera un pensamiento santo, pero al menos si lo era inteligente, como quizás no había tenido ninguno hasta ese momento. Acordándose de la casa del padre, dijo: "¡Cuántos siervos en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre! ¿Qué haré? Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus siervos". Entonces el hijo se levantó, vestido con harapos y se puso en camino hacia la casa de su padre.

El padre nunca había olvidado a su hijo. Cuando lo había visto irse, su corazón se había desgarrado por el dolor. Él sabía que las cosas no irían bien, pero quería respetar del todo la libertad del joven. Por eso, aunque los ojos lo hubieran visto desaparecer, su corazón estaba con él y lo había acompañado hasta el abismo de su desolación. Todos los días escudriñaba el horizonte, con la esperanza de verlo regresar.

Y así, cuando el hijo todavía estaba lejos, el padre lo vio. Le dio un escalofrío, sus ojos se derritieron en lágrimas y conmovido corrió a su encuentro, se arrojó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo al padre: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a los criados: "Traed el traje más hermoso y vestidlo, ponedle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado, matadlo, comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado. Y comenzaron la fiesta.

Ahora el hijo ha regresado.
El padre vuelve a ponerle el anillo de hijo en su dedo. Ese anillo que contiene el sello gracias al cual el hijo puede disponer de todos los bienes del padre.
El abrazo del padre es el verdadero hogar del hijo. Ya no es el negro de la cueva lo que le rodea sino el oro, el color que habla de la fidelidad del amor.
El hijo tiene un ojo unido al del padre: es el amor, la confianza lo que nos une y nos hace ver de la misma manera que el otro.

El hijo mayor estaba en el campo. Era un hombre del deber: siempre había hecho todo bien, no creas que exagero. Todas las mañanas se levantaba temprano y se iba a trabajar. Casi nunca paraba, ni a descansar un poco, ni a hablar con nadie. Por la tarde volvía tarde, cansado y satisfecho porque había hecho escrupulosamente todo lo que tenía que hacer.
Solo había una cosa que no soportaba: la música y el baile. Te preguntarás: "¿Por qué? Es bonito ir de fiesta…". Sí, pero para celebrar no es suficiente ser bueno: se necesita haber conocido el amor. Sólo el amor sabe celebrar de verdad, porque la fiesta es una mezcla de amor, de libertad y gratuidad. En la fiesta siempre se celebra un don: el don de la vida, el don de la amistad... en el fondo: el don de Dios.

Y este hijo mayor no conocía ese don. Al contrario, mientras se preparaba por la mañana temprano para ir a trabajar, en su corazón hacía cálculos. Se decía: si consigo hacerlo bien también hoy, ganaré méritos y el padre tarde o temprano tendrá que recompensarme. Por la noche, mientras volvía satisfecho, pensaba: también hoy lo logré, estoy muy bien, merezco ser ya el único hijo.

Pero los que hacen cálculos no conocen el amor gratuito, y los que no conocen el amor gratuito no aprecian la fiesta. Por eso, cuando el hijo mayor escuchó la música y el baile, se detuvo bruscamente. Su corazón se endureció como piedra e inmediatamente mandó llamar a algún sirviente para que le explicara lo que estaba pasando. Un criado le dijo: "Tu hermano ha vuelto y el padre ha hecho matar el ternero cebado". Ante esa noticia se indignó y no quería entrar.

El padre se dio cuenta, siempre atento como estaba a cada uno de sus hijos, y fue a su encuentro para para rogarle. Pero el hijo respondió a su padre: "Mira, te he servido durante tantos años y nunca he transgredido un solo mandamiento. ¡Tú, en cambio, nunca me has dado nada!".

Aquellas palabras entristecieron profundamente a su padre, pero entendió que durante muchos años las había guardado en su interior con ira, rabia y mucho resentimiento. Ahora que su hermano menor había regresado, ya no podía contenerse: su corazón echaba fuera el mal acumulado durante tantos años.

Los ojos del padre se habían vuelto claros y miraba a este hijo con mucho amor. Habría querido decirle: "¿Cómo es, hijo mío, que no has entendido el amor? ¿Por qué lo tienes fuera de tu corazón? Abre esa puerta, porque yo quiero dar mi vida por ti". Pero se contuvo. Sólo dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo, pero era necesario celebrar una fiesta y alegrarse porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado"...

El padre se dirige al hijo mayor. Quiere llamarlo a la fiesta de su hermano recuperado. Pero el hijo mayor, celoso y enfadado, se va a trabajar solo. Así, encerrado en sí mismo, se aleja del camino por el que va su padre.

Jesús quiere amar hasta el extremo

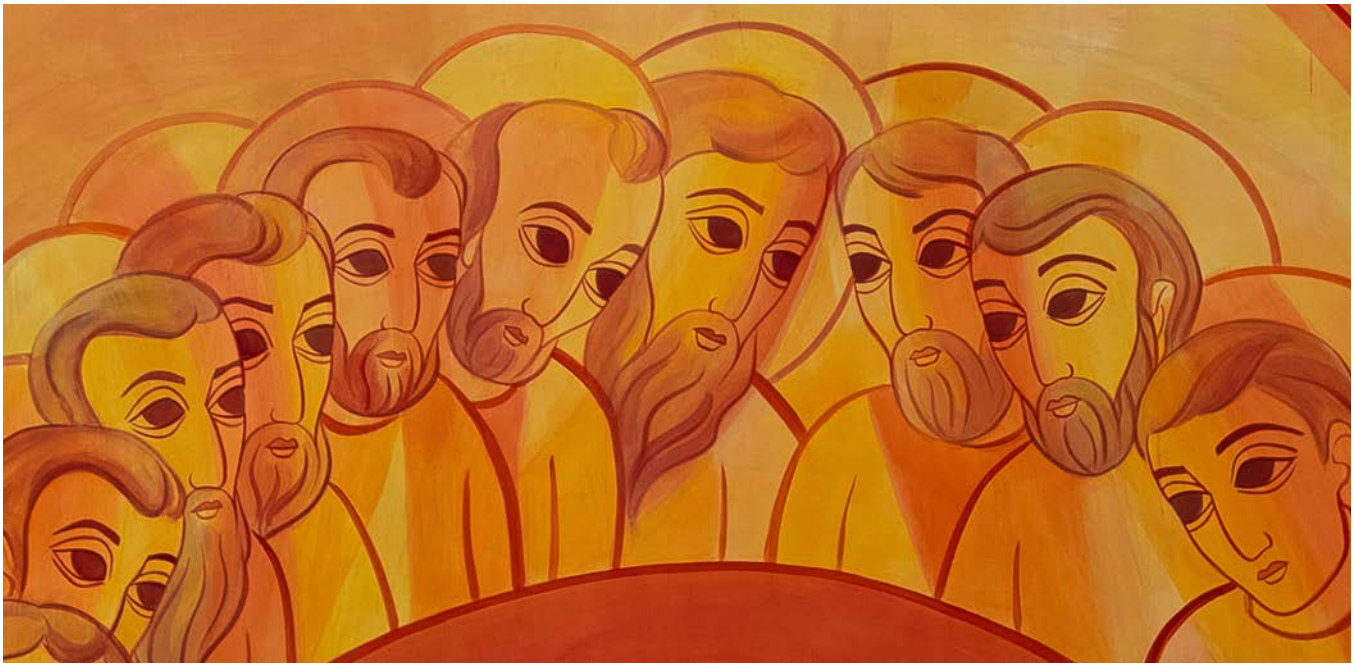
A las palabras de Jesús, se había hecho un gran silencio. Algunos ya no sabían qué decir, porque habían comprendido que el amor de Dios lo es todo, es la fuente de la vida; solo hace falta dejarse querer, creer en ese amor, vivirlo juntos y celebrarlo incluso en los momentos difíciles.

Para otros, sin embargo, el silencio tenía un significado diferente. Habían dejado de susurrar y murmurar, pero sus corazones se habían cerrado en un silencio aún más escalofriante, algo así como el hermano mayor de la parábola, que está atrincherado en su supuesta justicia y piensa cosas malas.

También Jesús permaneció en silencio. No habría podido obligar a nadie a amar: el amor es libre y la puerta del corazón sólo puede abrirse desde dentro. Comprendió también que, si esos corazones no fueran abiertos, albergarían tanta ira como para querer matarlo antes o después: ¡matar al Amor!

Simplemente se volvió al Padre, diciendo: “Padre, de ti he venido al mundo y a ti regreso. Me pediste que amara a los hombres: esto es lo que he hecho y esto es lo que haré. Que yo pueda amar a todos hasta el final, hasta el don extremo, sin calcular, sin guardarme nada. Que pueda ser como un pan partido y repartido para que se realice tu sueño: la fiesta de los hombres con Dios”.

La última cena



Mientras tanto, se acercaba la fiesta de la Pascua y Jesús envió a sus amigos más íntimos, los discípulos, a preparar la sala para la gran cena pascual. Por la noche, cuando todo estaba ya preparado, Jesús se sentó a la mesa.

Mientras comían juntos, Jesús tomó la palabra y dijo: “En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me traicionará. Estáis todos conmigo, sois todos mis amigos, pero uno no. Uno de vosotros ha cerrado su corazón y me ha dado la espalda y me hará mucho daño”. Los discípulos, sobrecogidos por la duda y el miedo, comenzaron a decirle uno por uno: “¿Acaso soy yo? Maestro, ¿estás hablando de mí?”. Jesús repetía: “Uno de vosotros, el que come de mi mismo plato, el amigo en quien confiaba ahora alza la mano contra mí”. Y, tomando un trozo de comida, se lo dio a Judas Iscariote como para decirle: “Mi vida se ofrece también por ti, querido amigo”.

Entonces Jesús tomó un pan en sus manos, dio gracias, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”.

Del mismo modo, al final de la cena, tomó un cáliz lleno de vino, de nuevo dio gracias y se lo dio a los discípulos para que lo pasasen unos a otros. Y dijo: “Tomad y bebed todos de él, esta es la copa de mi sangre, derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados”.

Los discípulos guardaban silencio. No entendían el significado de esos gestos y aquellas palabras, pero habían intuido que se trataba de un misterio verdaderamente grande. Jesús añadió: “Haced esto en memoria mía”. Después de eso, Judas el traidor se fue para ir al sumo sacerdote y a los líderes del pueblo y ponerse de acuerdo sobre cómo entregarlo. Era de noche.

En la Última Cena, Jesús se muestra como siervo del hombre: lleva un delantal y está totalmente decidido a ofrecerse a sí mismo como verdadero alimento para los hombres. En torno a Jesús se crea la unidad: todos los discípulos son como un solo cuerpo. Pero Judas elige no aceptar el don de Jesús, sino que retiene entre sus manos un botín solo para él. Tiene la actitud del león que quiere devorarlo todo y al mismo tiempo la de la hormiga que es demasiado pequeña para comerse todo lo que ha acumulado.

El huerto de Getsemaní

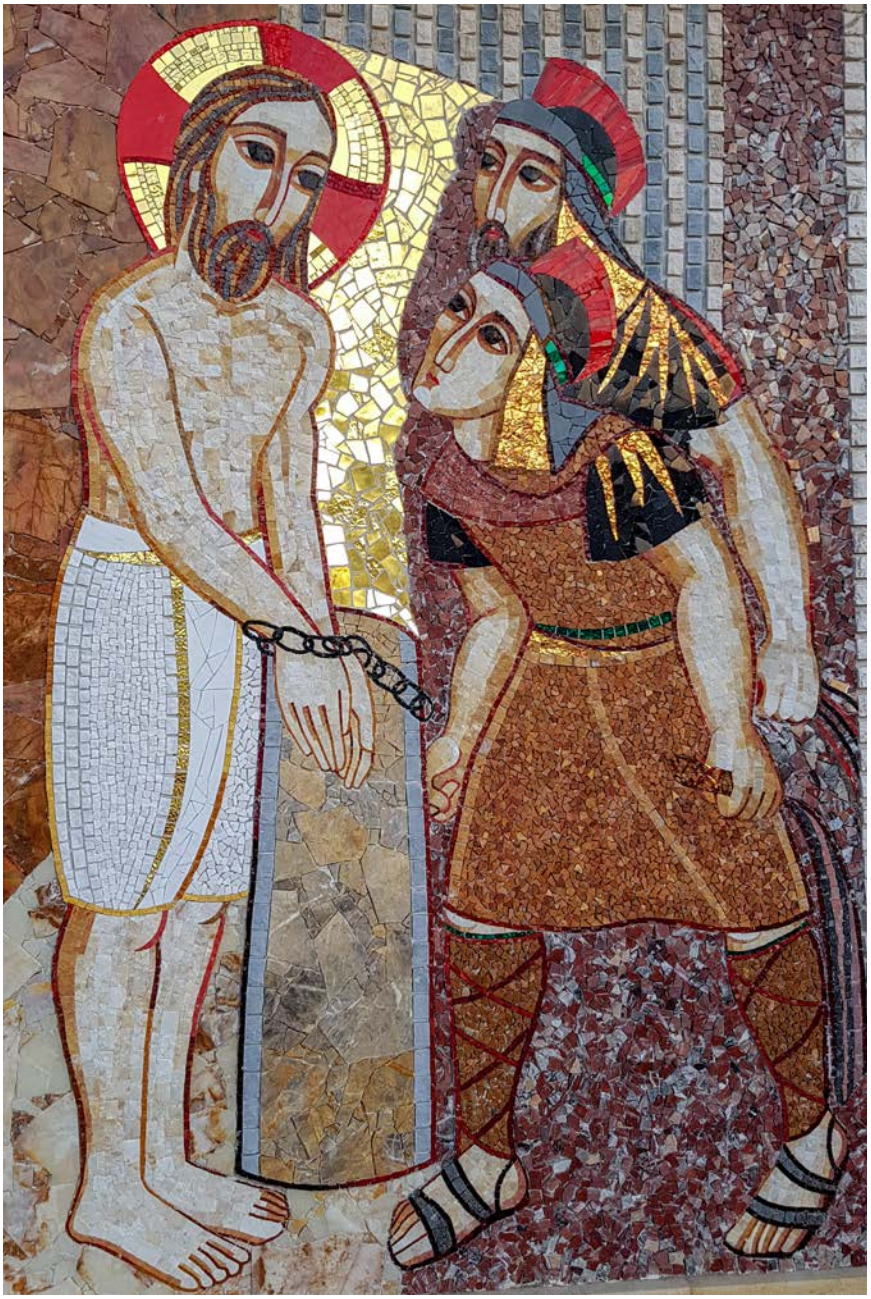
También Jesús salió esa noche, junto con sus discípulos, y fue al Monte de los Olivos a un huerto llamado Getsemaní. La palabra Getsemaní significa almazara, prensa de aceite. La prensa es un instrumento compuesto por dos grandes piedras redondas que giran y rozan una contra la otra. Por el medio pasan las aceitunas que, al ser molidas y trituradas, dejan un delicioso aceite.
En su corazón, Jesús se sentía como si estuviera dentro de un molino de aceite. Por un lado -esta es la primera piedra- el amor del Padre, que quiere dar por completo a su Hijo a los hombres. Por el otro -aquí está la segunda piedra- la miseria de los hombres, su corazón cerrado, lleno de ira, incapaz de acoger el amor. Jesús sabía que, entregándose a estas dos piedras, brotaría de él el aceite perfumado de la salvación, el crisma del Espíritu Santo, el sueño de Dios soplado de nuevo en el corazón de los hombres.
Jesús se apartó un poco de los discípulos para orar a solas. Decía: "Padre, en tu inmenso amor todo es posible para ti. Que pase de mí este cáliz de muerte".
Reinaba un gran silencio. Los discípulos, que debían velar y orar con su maestro, habían caído en un sueño muy profundo, incapaces de soportar el misterio de aquella hora. Toda la naturaleza alrededor parecía como adormecida y sólo quedaba Jesús en oración con el Padre.
Él continuaba con firmeza: "Si este cáliz de muerte no puede pasar sin que yo lo beba, que sea como tú quieras. Mi voluntad está con la tuya, lo que tú quieras lo quiero yo también". Y desde ese momento sintió paz.

Jesús está inclinado, todo postrado en súplica al Padre.
Su sudor se convierte en sangre, pero no desespera, porque sabe que el oro de la fidelidad del Padre, como una sombra, lo sigue en todo momento.

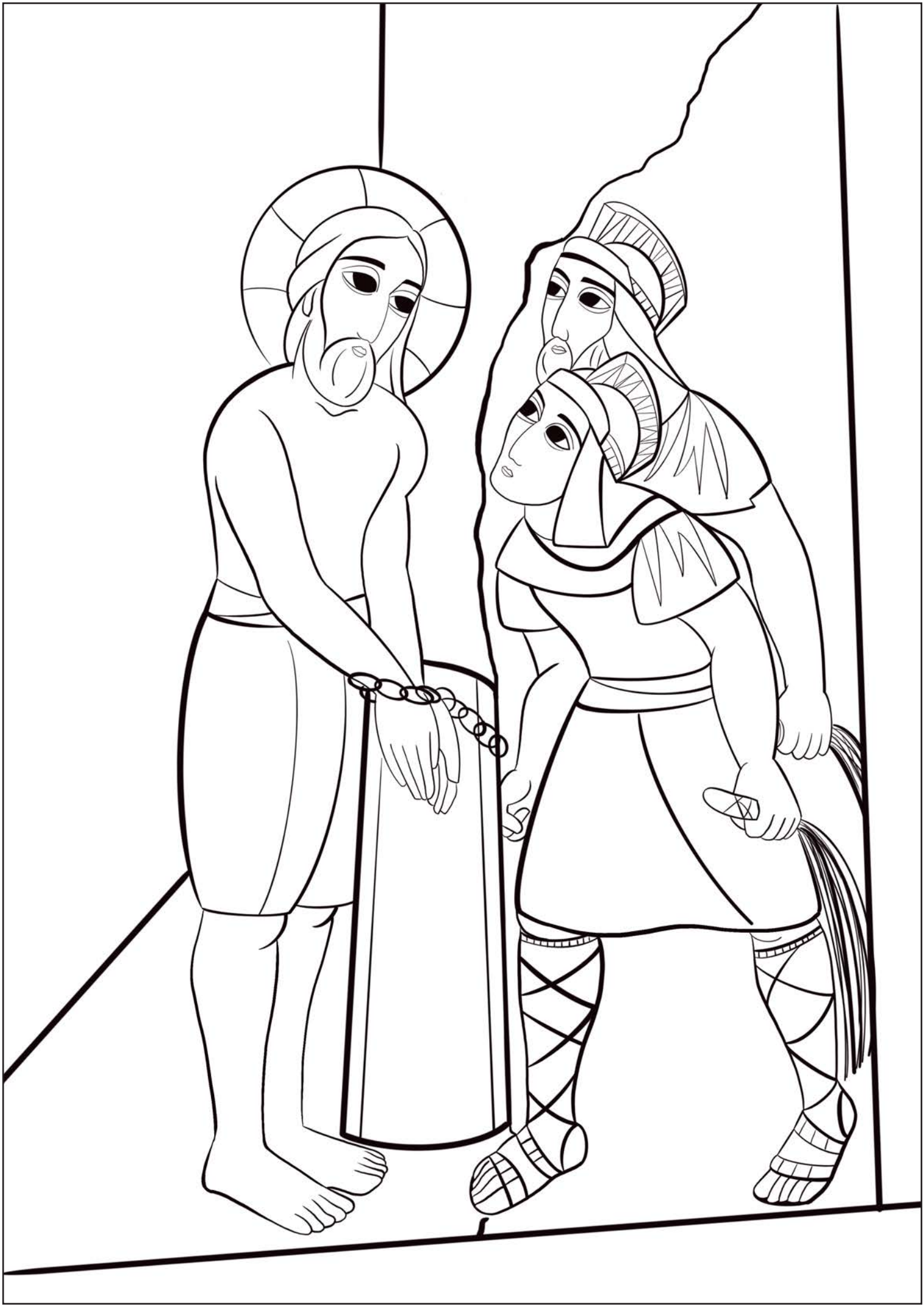
El arresto y la pasión de Jesús

Jesús estaba todavía en oración cuando se escucharon ruidos y tumulto: una multitud de personas y guardias, armados con espadas y garrotes, habían venido a arrestarlo. Delante de ellos Judas el traidor. Les había dicho así: “¡Al que yo bese, ese es! ¡Prendedlo! “.

Judas se acercó a Jesús. Le dijo: “Salve, Maestro”, y lo besó. Jesús le respondió: “Amigo, para esto estás aquí. Haz por tanto lo que quieres”. Luego se volvió hacia los guardias y les dijo: “¡Si soy yo a quien habéis venido a buscar, aquí estoy, me entrego en vuestras manos! Pero dejad marchar a los que están conmigo”. Entonces los guardias lo agarraron y, sosteniéndolo con cadenas, lo llevaron ante el sumo sacerdote.



Incluso cuando los hombres lo golpeaban y lo insultaban, Jesús no trataba de salvarse a sí mismo. Sabía que la fidelidad del Padre era su verdadera arma, un arma que no vence con la fuerza sino con el amor. “¿Por qué no reacciona?” Pensaron los soldados, mirándolo.
El oro en esta imagen es un signo de esa fidelidad del Padre, siempre presente en su vida.



No quiero contarte con todo detalle todo lo que pasó, todo lo que los hombres dijeron e hicieron contra Jesús en ese terrible momento. Si el Señor quiere, podremos hablar juntos en otra ocasión de eso. Ahora me gustaría solamente llamar su atención sobre las manos.

¿Sobre las manos?

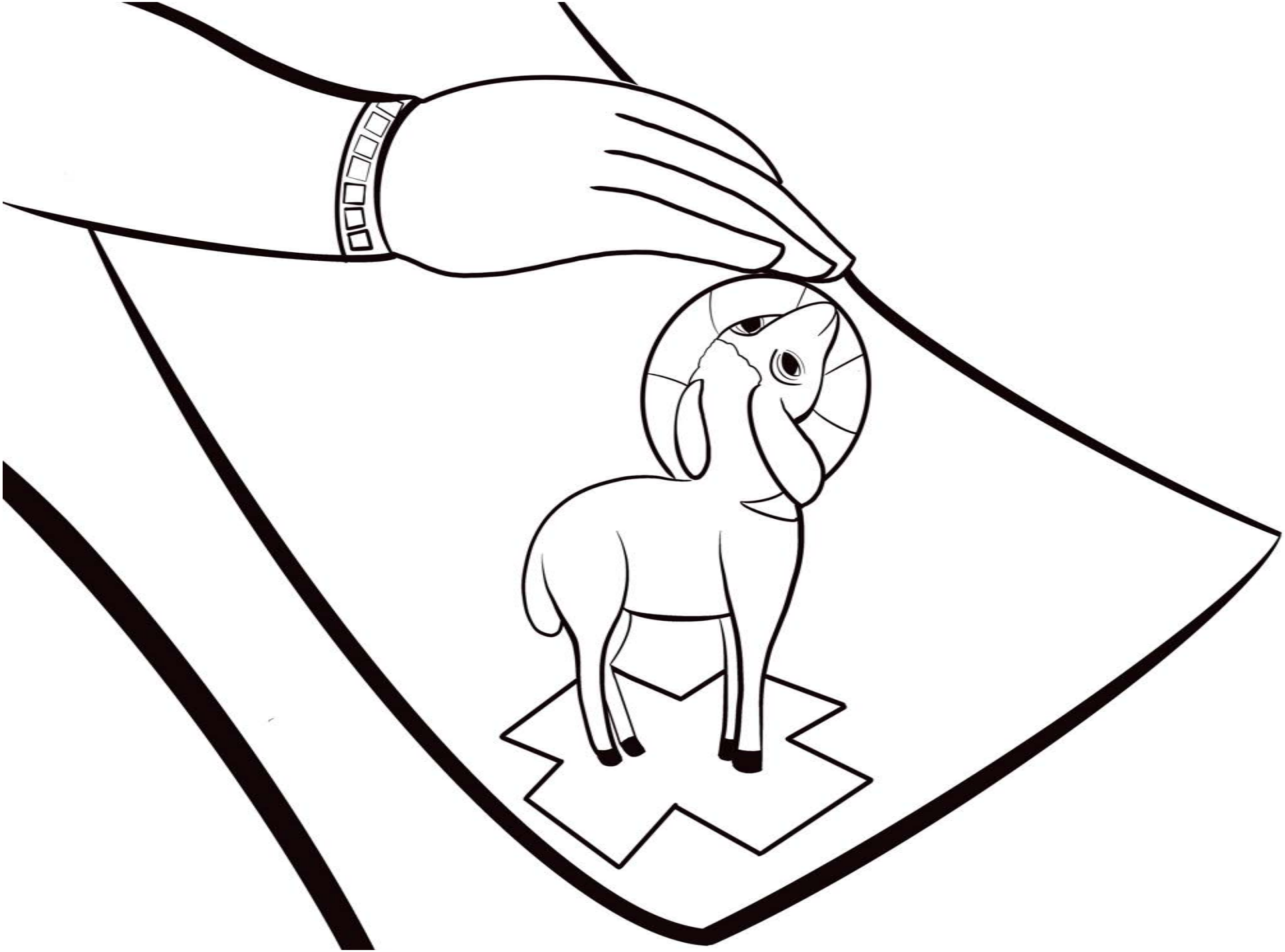
Sí, justo sobre las manos.

Hablo sobre todo de las manos de los hombres: manos encrespadas, posesivas, llenas de violencia. Tendrías que haber visto cómo aquellas manos agarraron a Jesús y, como ninguna de ellas por sí misma era capaz de darle muerte, formaron como una cadena. Judas, el amigo, entregó a Jesús al sumo sacerdote; el sumo sacerdote, que era la autoridad religiosa, entregó a Jesús a Poncio Pilato; Poncio Pilato, que era gobernador romano, entregó a Jesús en manos de los soldados; estos últimos lo crucificaron con sus propias manos.

Pocos, sin embargo, o quizás ninguno, podían ver que en medio de todas esas manos había otras manos: las manos invisibles del Padre. Solo quien es capaz de reconocerlo entiende realmente lo que está sucediendo. Jesús sentía el calor inconfundible de estas manos grandes, que custodian y donan. Y se dejaba llevar por ellas. Sabía bien que esas manos, que lo entregaban a los hombres, lo custodiarían también incluso en la muerte. Por esto no tenía miedo.

¡El amor no tiene nunca miedo!

Cristo no reacciona porque es el Cordero.
Ha sido enviado por el Padre para ser don en manos de los hombres.



La muerte de Jesús

Y llegamos al Gólgota, llamado el "lugar de la calavera", porque según una antigua tradición allí fue enterrado el primer hombre, Adán, del que os he hablado al principio de la historia.
En el Gólgota había un jardín y allí mismo, en ese jardín, los soldados plantaron el árbol de la cruz y allí crucificaron a Jesús. Jesús decía: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen".
Bajo la cruz pasaba mucha gente y cada uno decía algo a Jesús: "Ha salvado a otros, que se salve a sí mismo si es verdaderamente hijo de Dios". Jesús callaba -aquellas palabras no le dolían- pero en su corazón se dirigía al Padre: "¿Por qué, Padre, los hombres no llegan a entender que no he venido a salvarme a mí mismo, sino para entregarme a ellos?".
Desde el mediodía hasta las tres de la tarde el cielo se oscureció sobre toda la tierra. De hecho, el sol, que ilumina todas las cosas, había palidecido. Alguien podría haber pensado: "¡Es el fin del mundo!". Pero en cambio. ¡no! Era todo lo contrario: el comienzo de un mundo nuevo, un mundo en el que la luz del amor de Dios ilumina todas las cosas desde dentro.
A las tres de la tarde, Jesús dijo clamando con un gran grito: "Todo está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el Espíritu.
Aquí nos detenemos un momento y también nosotros permanecemos en silencio: ni siquiera para nosotros los cristianos, que tenemos el Espíritu de Jesucristo, es comprensible del todo este misterio. Por eso nos detenemos y simplemente, creemos...

Cristo en la cruz ha dado su vida por cada hombre. María nos mira ofreciéndonos como don el cáliz de la vida. Ahora el cielo está abierto, el Reino es el lugar donde ya podemos habitar: ¡y he aquí, toda la tierra está cubierta con una cascada de oro!

Jesús entra en el reino de los muertos y encuentra al primer hombre

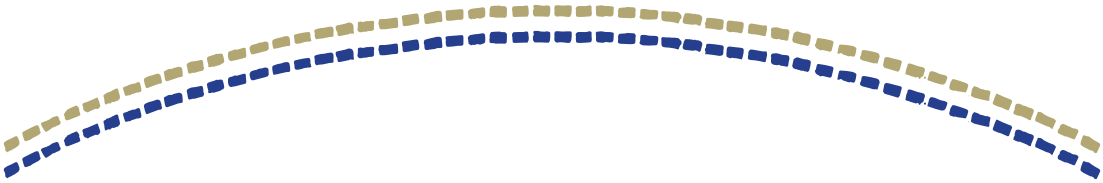
A muchos hombres el silencio les da miedo. Ninguno quiere detenerse nunca, todos corren, porque dicen: “Si me detengo en silencio, quién sabe qué pensamientos vendrán a mi mente”. Para nosotros cristianos, en cambio, el silencio es algo hermoso. Es como una gota de rocío que baña la tierra, una gota del amor de Dios que cae en nuestros corazones.
Solo piensa que, cuando Jesús murió, se hizo un gran silencio sobre toda la tierra. Decían: “¡El Rey duerme!”. La tierra estaba asombrada, porque el Hijo de Dios entregado a los hombres se había dormido y había despertado a todos los que, durante siglos, dormían en el sueño de la muerte.

¿Qué hacía Jesús en aquellos días en los que su cuerpo estaba en el sepulcro? Había descendido al reino de los muertos. Fue a buscar al primer hombre, Adán, el que había creído en el engaño de la serpiente, el que estaba convencido de que es mejor prescindir de Dios y que ahora yacía encerrado en esta oscura prisión.
¡Imagina el asombro de Adán! Tan pronto como vio entrar a Cristo, golpeándose el pecho con asombro, gritó a todos los demás muertos y dijo: “¡Que mi Señor esté con todos!”. Y Cristo, respondiendo a Adán, dijo: “Y con tu espíritu”. Y, tomándolo por la muñeca, lo sacudió y exclamó: “¡Despierta, tú que duermes! Levántate de entre los muertos y yo te iluminaré.

Yo soy tu Dios, que por ti me he hecho tu hijo. Y ahora hablo a todos los hombres, que han nacido de ti y están encerrados en esta prisión. A ellos les digo: ¡Salid! A los que están en las tinieblas les digo: ¡Sed iluminados! A los que están en la muerte: ¡Levantaos!

Y a ti te digo: ¡Despierta, tú que duermes! De hecho, no te creé para que permanecieras prisionero de la muerte. ¡Salgamos de aquí! Tú en mí y yo en ti, ya que somos una sola cosa.
Por ti, yo, que soy tu Dios, me he hecho hombre y me he revestido de debilidad. Por ti, yo, que vivo sobre los cielos, he venido al mundo y he descendido bajo tierra. Por ti, que me traicionaste en un jardín, en un jardín fui traicionado y en un jardín me dieron muerte.
¡Mira en mi cara los escupitajos que he recibido! Yo soy para ti, que habías abandonado mi aliento de vida.
¡Mira cómo han maltratado mi rostro! Es por ti, que habías perdido la antigua belleza.
¡Mira sobre mis hombros las señales de los azotes y las palizas! Es por cargar el peso de tus pecados. ¡Mira mis manos clavadas en el madero de la cruz! Es por ti, que extendiste la mano para apoderarte del fruto prohibido del árbol.
¡Pero ahora levántate! Alejémonos de aquí. El Enemigo te ha hecho salir del jardín del paraíso, yo te llevo a un jardín mucho más hermoso, a una ciudad donde se celebra la fiesta de las fiestas. La sala está adornada, la mesa puesta, la comida está ya lista: sólo faltas tú para alegrar el corazón de Dios Padre. Tú eres el regalo que el Padre espera”.

La boca del monstruo de la muerte ya no puede cerrarse porque la cruz de Jesús la ha abierto definitivamente.
Ahora Jesús vuelve a encontrar el rostro del hombre. Toma a Adán y Eva por las muñecas y les devuelve su fuerza vital.
El manto de Jesús es como la vela de una barca, hinchada por el viento del Espíritu Santo.



Imagenes

Pecado original: Capilla del Pontificio Seminario Romano (2021)

Emaús: Capilla de las hermanas de la Preciosísima Sangre en Roma (2012)

Escenas de la parábola del hijo pródigo: Iglesia de Santa María de las Nieves y San Roque en Marina di Montemarciano, Ancona (2016)

El hijo menor entre los cerdos: Iglesia de la Santa Virgen en Ljubljana Polje (2017)

Última cena: Iglesia de S. Basilio en Roma (2020)

Getsemaní: Iglesia inferior de San Pio de Pietrelcina en San Giovanni Rotondo (2009-2013)

Flagelación: Santuario de la Virgen Tà Pinu en Gozo (2015-2017)

Cordero mirando al Padre: Centre d'Espiritualitat Cova de Sant Ignasi (2021)

Crucifixión: Capilla de la obra salesiana Testaccio, Roma (2020)

Descenso a los infiernos: Capilla del Pontificio Seminario Romano (2021)

Lipa

Febrero 2022
En la portada: pintura de Maria Stella Secchiaroli
Mosaicos y pinturas: M.I. Rupnik y el Taller de Arte del Centro Aletti
Textos: Matteo Casadio y Alice Ferrari
Traducción Española:Eduardo García López

© Lipa srl
via Paolina, 25 – 00184 Roma
tel. +39 06 4747770 – fax + 39 06 485876
info@edizionilipa.com
www.edizionilipa.com

Este libro para colorear es ofrecido por el Centro Aletti como un regalo para las familias y especialmente los niños.
Se proporciona solo para uso personal y nunca se puede utilizar con fines comerciales.